

mostraban haber oído las paces de la Helade, volvieron á colocarse en Artemision. Hubo en estos parajes frecuentes encuentros y un combate formal, que aunque no decisivo, mostraba que los griegos, á fuerza de valor y de disciplina, podían sobreponerse á sus enemigos. Estos habían tenido en contra las tempestades, hasta el grado de que una parte de la flota enviada para dar la vuelta á la isla y venir sobre la retaguardia de los griegos, fué completamente destruida por la tormenta. El navarca Euribiades decidió por fin retirarse, sobre todo, cuando conoció el desastre de las Thermopylas. Toda la escuadra griega se situó en Salámis frente á las costas del Atica. En pos de ella vino la escuadra persa.

Jerjes atravesó la Beocia, penetró en el Atica y ocupó á Atenas. A pesar de las súplicas de Hippias, el grupo de valientes que había resuelto defenderse en el Akropolis, no quiso rendirse, y la vieja roca de Kekrops, fué tomada por sorpresa y pillados los templos. No fué éste el único sacrilegio cometido por los persas; una parte de ellos quiso apoderarse de los tesoros de Délfos, pero Apolon se defendió cerrando el paso con enormes rocas y los asaltantes amedrentados abandonaron su empresa.

Los griegos vacilaron mucho, entre aceptar la batalla en Salámis ó fortificar el istmo de Corinto y fraccionar la escuadra. Si Jerjes hubiera hecho esto con su escuadra, como Demaratos se lo aconsejaba la defensa de la Grecia, que se hubiera visto obligada á diseminar su ejército habría sido imposible y por el mismo motivo era funesto el intento de desmembrarse en Salámis. Temistokles ayudado de Aristéides que en el momento supremo volvía del destierro y se reconciliaba con su rival y contando con la buena voluntad de Euribiades, segun dice Herodoto, más digno de crédito que los autores que refieren que hubo un instante en que el

jefe espartano levantó el baston sobre el ateniense que le dijo: "pega pero escucha," Temistokles, decimos, obligó á los aliados á permanecer en la isla, haciendo por medio de un aviso á Jerjes, que en caso de derrota de los griegos habría parecido una traicion abominable, que la escuadra persa cerrase las salidas á sus enemigos. La batalla tuvo lugar y á pesar de los esfuerzos de valor de los persas y de los egipcios y fenicios, la falta de disciplina, la espantosa confusion en que se encontraron por la estrechez del canal de Salámis y el heróico arrojo de los atenienses, sobre todo, la derrota de Jerjes, fué completa. Los contingentes jónicos demostraron en la batalla la facilidad con que en la primera ocasion abandonarían la causa de su opresor, los fenicios irritados por los furors de Jerjes, se retiraron á su país y el resto de la escuadra recibió orden de dirigirse al Helesponto á cuidar del famoso puente. En ella iba la reina Artemisa de Halikarnaso, cuyo valor y prudencia ensalza su compatriota Herodoto.

Jerjes, que había contemplado, desde un altísimo trono, situado en Herakleon, el combate naval, lleno de ira y de miedo, envió contra orden al ejército de tierra que se dirigía al istmo y dejando á Mardonios con 300,000 hombres en Grecia, se retiró en medio de grandes penalidades con el resto del ejército al Asia. Encontró el puente roto y tuvo que pasar el Helesponto en una embarcacion. (480 años de J. C.)

La alegría de los griegos fué inmensa, se distribuyeron solemnemente honores y premios á los vencedores, y sobre todo á Temistokles, que había llegado entónces al apogeo de la fama.

Pero no estaba todo concluido aún; mientras la flota del gran rey, un tanto repuesta del desastre de Salamina se reunía en Samos y la de los griegos en Egina, Mardonios al frente de la fraccion más

escogida del ejército de Jerjes y reuniendo en su derredor á los macedonios, á los tesalios, á los tebanos, en una palabra, á todos los griegos que medisaban, preparábase á entrar de nuevo en campaña. Despues de haber invernado en la Thesalia al empezar la primavera de 479, entró en Beocia. Envió á Athénas á Alejandro de Macedonia con el objeto de hacer á los atenienses las más seductoras ofertas; tanto era el desamparo en que los tenían sus aliados del Peloponeso, que manifestaban el propósito de no defenderse sino en el istmo, que los vencedores de Salámis se vieron tentados de aceptar las magníficas proposiciones de Alejandro. El resultado habría sido tan desastroso para el resto de la Grecia, que los espartanos enviaron una embajada á Athénas, en donde el vivo y generoso espíritu de patriotismo panhelénico acabó por sobreponerse á todo sentimiento egoista. Pero los espartanos no cumplieron sus promesas y los atenienses se vieron obligados á abandonar su ciudad y refugiarse como el año anterior en Salámis. Su despecho y su cólera contra los peloponesios fueron inmensos; Mardonios ocupó á Atenas en Mayo de 479, y despues de otra tentativa infructuosa para traer á su bandera al senado ateniense que funcionaba en la isla, ordenó que la ciudad fuese tratada con rigor. Entretanto los espartanos no se movían por estar celebrando las fiestas llamadas Hyakinthia. Comprendiendo al cabo el irreparable daño que les causaría la defeccion de Atenas, enviaron rápidamente al istmo 5,000 soldados espartanos y 35,000 ilotas al mando de Pausanias, que tomó el del ejército: éste se componía cuando llegó á las orillas del Asopos (Beocia) en pos de Mardonios, de más de 100,000 hombres.

Despues de algunos dias de combates parciales y cuando ya habían cambiado tres veces sus posiciones los ejércitos, Mardonios contra el parecer de Artaba-

zos, su segundo en jefe, dió la batalla en el territorio de Platea. Nada valió la bravura de los persas, ni de sus aliados; los griegos obtuvieron una completa victoria, Mardonios fué muerto y Artabazos con cerca de 50,000 hombres, tomó precipitadamente el camino del Helesponto. Los persas abandonaban el territorio helénico para siempre.

Tébas se entregó á poco á los vencedores, que decretaron un tributo de respeto á Platea, y acordaron que se celebraran fiestas periódicas en honor de los muertos, y que se reunieran en dicha ciudad las asambleas de una confederacion griega permanente.

La flota, mientras tanto, se había puesto en marcha de Egina para Sámos; la de los persas al tener noticia de este movimiento, se retiró al promontorio de Mykale en las cercanías de Miletos, y uniése á un ejército persa de 60,000 hombres mandado por Tigranes; se sacaron las naves del mar y las rodearon con un gran muro. Los griegos despues de provocar con grandes voces á los jonios para que se rebelaran, desembarcaron al mando de Leotíquides y de Xanthippos, padre de Perikles. Ese mismo dia del mes boedromion (Setiembre) del año de 479, Pausanias había ganado la batalla de Platea, ¿cómo pudieron saberlo los que desembarcaban en Mykale? Vieron flotar sobre las olas el caduceo de un heraldo y un estremecimiento recorrió las filas griegas: Mardonios estaba vencido, ninguno de ellos lo dudó, ninguno vaciló. Era verdad. Así dispuestos los ánimos, la victoria era segura; los jonios se rebelaron en el campamento persa y el último resto del ejército invasor de la Grecia fué completamente vencido. Los que sobrevivieron se retiraron á Sárdes y las ciudades jonias lo mismo que las islas se encontraron en completa libertad; los espartanos querían trasportar á los jonios en masa á Europa, pero los atenienses tomaron su defensa y

los jonios los consideraron desde entonces como sus protectores. En seguida la flota griega se dirigió al Helesponto; mientras los espartanos volvían á su país, los atenienses se apoderaron de Sestos en el Quersoneso.

Así concluyeron propiamente las guerras heleno-pérsicas. Los griegos, los atenienses, sobre todo, hicieron de su heroísmo un escudo que protegió á la civilización humana, y esta lucha memorable, que tiene la singularidad de interesar con sus maravillosos episodios á todos los miembros de la familia civilizada, como si en ellos se hubiese luchado por una patria que á todos nos perteneciera, tuvo además, la ventaja de estimular, ya que no de producir, un período de actividad y de desarrollo vigoroso que es lo que propiamente se ha llamado la civilización griega. Sin embargo, no hay que creer por esto, que el triunfo de los persas habría hecho desaparecer toda cultura, no. Los persas eran un pueblo joven como el griego, de idéntico origen, como lo adivinó Esquilo en sus *Persas*, á los helenos, y que tenían una civilización peculiar, algunos de cuyos elementos eran de una admirable vitalidad. El progreso en sus manos habría cambiado de rumbo, mas no habría muerto.

NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL IMPERIO DE ATENAS HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA DEL PELOPONESO, (479 á 431 ántes de J. C.) Aténas, bajo cuya influencia se iba á mover desde entonces el espíritu progresivo de los helenos, pensó al otro día de las guerras médicas en asegurar la defensa de su propio territorio, dos veces invadido por los bárbaros. Aténas fortificada era un motivo de disgusto para los del Peloponeso y los espartanos motivaban su repugnancia, en el temor de que los persas, si intentaban otra invasión, una vez apoderados de Aténas y apoyándose en ella, pudieran dirigir con más éxito sus ataques sobre el istmo; pero esto no podía privar

á Aténas del derecho de defenderse, sobre todo, cuando había sido tan criminalmente abandonada por sus aliados en la última guerra, y, en consecuencia, los muros empezaron á levantarse en torno á la ciudad. Temistokles, que gozaba gran crédito entre los espartanos, fué á Esparta para demostrar á sus amigos lo infundado de sus temores, pero pretextando la ausencia de sus compañeros de embajada, que tenían orden de no reunirse hasta que los muros estuviesen concluidos, dejó pasar el tiempo y cuando arrojó la máscara, ya los atenienses podían defenderse detras de sus murallas. Los lacedemonios no le perdonaron nunca este astuto estratagemá, pero fingieron resignarse de buen grado.

No se limitaban á la conversión de Aténas en una plaza fuerte los proyectos de Temistokles. Fijo en la idea de que la verdadera grandeza de Aténas debía venirle del mar, quiso hacer una segunda Aténas del puerto de Peireos (Pireo), rodeándolo de enormes muros que nunca llegaron á concluirse. Esto hizo crecer rápidamente el comercio de la ciudad y el número de sus colonos ó *meteki*; desde entonces los atenienses acordaron construir veinte trirremes todos los años. Aténas se había propuesto ser la primera potencia marítima del Egeo y lo había conseguido ya.

El año mismo de Mykale la flota combinada de los griegos bajo el mando de Pausanias, el vencedor de Platea, y en la que el contingente de Aténas estaba á las órdenes de Aristéides y de Kymon, hijo de Milciades, se encaminó hacia el Bósforo de Tracia, despues de arrojar de la isla de Krypos á las guarniciones persas. Bizancion en el Bósforo se rindió á Pausanias. Este heraklida, á quien la riqueza del inmenso botín recojido en Platea, había despertado un deseo ilimitado de placeres y de poder, al día siguiente de la toma de Bizancion empezó á desplegar un lujo asiá-

tico, vestía segun la moda persa y se rodeaba de guardias medas y egipcios. Habiendo prometido formalmente á Jerjes ayudarlo en la conquista de la Grecia, si le daba á su hija en matrimonio, su loca arrogancia no conoció límites. Los espartanos tuvieron noticia del caso, y lo llamaron para juzgarlo y aunque fué absuelto, no volvió á la flota y en su lugar se dió el mando á Dórkis. Cuando éste llegó á su destino, un cambio trascendental se había operado ya. Los aliados habían convenido en transferir el mando á los atenienses, á quienes tocaba por el número de sus naves y la calidad de sus servicios; el motivo determinante fué su comunidad de raza con los aliados jonios. Aristéides y Kimon obraron en consecuencia y con tal actividad, que á la llegada de Dórkis, ya lo hecho no podía repararse y los espartanos se vieron obligados, aunque de mal talante á consentir en él. Así nació la hegemonía marítima de Aténas; fué esta desde entonces la ciudad presidente de una confederación entre las ciudades jónicas del Asia y una parte de las islas para defenderse contra los persas. Las asambleas de esta confederación tenían lugar en la isla de Délos, en el templo de Apolon y Artémis, el venerado y antiquísimo centro religioso, en que en otros tiempos se celebraban las fiestas de la gran familia jónica. Cada uno de los confederados, tenía obligación de dar una cantidad determinada de naves armadas en guerra ó de dinero, impuesto establecido por Aristéides y con el que se formó el tesoro de la confederación que se depositó en Délos, bajo la custodia de la probidad inmaculada de Aristéides, como jefe del consejo de los *Helenotamios*, oficiales nombrados por Aténas para recojer y administrar el tesoro comun. Este acto contribuyó á salvar á los jonios de una nueva tentativa de los persas, que todavía tenían guarniciones en Tracia y á quienes ayudaban algunos traidores en el interior de las ciudades

griegas. Uno de estos traidores era Pausanias.

Despues que los lacedemonios le absolvieron, Pausanias siguió en relacion con los sátrapas persas. Habiendo vuelto á Bizancion en clase de voluntario, pudo establecer en esta ciudad una especie de imperio de donde los atenienses tuvieron que arrojarle por la fuerza. Se refugió en la Troade y siguió desde allí sus intrigas, tanto para impedir la formación de la confederación ateniense, como para preparar por medio del oro y de la corrupción, la conquista de la Grecia por los persas. Los espartanos le obligaron, por fin, á volver á su país. Proyectó entonces hacerse tirano en Esparta, sirviéndose para ello de los ilotas. La traición de un mensajero que enviaba al sátrapa Artabazos le perdió; el esclavo entregó á los eforos pruebas evidentes de la intriga infamante de Pausanias; éste, al notar que los eforos se dirigían hacia él, en ademán de amenaza, se refugió en el templo de Athené Calkiekos; los magistrados no podían sin sacrilegio apoderarse de él, pero cerraron la entrada con un muro, cuya primera piedra puso la madre misma de Pausanias, y cuando el infeliz suplicante agonizaba de hambre, lo extrajeron para que su muerte no manchase el santuario. Su cadáver fué enterrado á poca distancia del lugar de su muerte, hasta que la Pytia que estimaba que todo lo que se había hecho con el traidor era un sacrilegio, ordenó que fuese enterrado en el templo mismo de la diosa.

El descubrimiento de la conspiración de Pausanias acarrió la pérdida de Temistokles. Aquella era la época en que, gracias á la construcción del Peireos y á las victorias de la flota, la población marina de Aténas creció extraordinariamente en número y en importancia; su influjo se hace sentir desde entonces en el desarrollo democrático de las instituciones de la ciudad; Aristéides obtuvo que todos

los ciudadanos indistintamente pudieran ser electos para todos los cargos públicos, de modo que el voto pasivo se extendió á la cuarta clase ó popular; pero el movimiento no se detuvo en esta amplísima aplicacion del sufragio universal, sino que llegó á establecerse el sistema de sorteos para los puestos públicos, con excepcion de algunos, como el de estrategia ó general. Con estas reformas coincidió la disminucion de facultades de los arcontes, que quedaron reducidos al ramo administrativo, civil y judicial.

Durante este período, el orgullo, el fasto y la inmoralidad de Temístokles le hacían perder terreno ante la creciente popularidad de Aristeides. Sus enemigos principales Kimon y Alkameon le suscitaban enemigos y tropiezos por donde quiera. Primero fué acusado de haber recibido presentes de los persas y aunque absuelto, el celo de sus rivales fué tal, que tuvo que condenarse al ostracismo y marchó á Argos. Allí supo que los lacedemonios le habían acusado de complicidad con Pausanias (466 ántes de J. C.), y sin esperar á los enviados que venían de Atenas en su busca, se fugó á Korkyra; en seguida se refugió en la corte de Admeto, rey de los molosos, de allí se dirigió por las montañas á Pydna, se embarcó y despues de una navegacion peligrosa en que estuvo á punto de caer en manos de los atenienses que sitiaban la isla de Naxos, llegó á Efesos. En Susa fué muy bien acogido por Artajerjes, que aprobó sus planes para obtener la sumision de la Grecia, y mientras podía realizarlos, fué transportado á la ciudad de Magnesia, sobre el Meandros y colmado de riquezas y de honores; afortunadamente para su memoria, murió sin haber hecho nada para ejecutar sus designios contra su patria. Tres ó cuatro años despues del ostracismo de Temístokles murió en la mayor pobreza Aristeides, hombre por su valor moral, infinitamente superior á su gran rival. No

hubo con que pagar sus funerales y fué enterrado en Faleron á expensas de la ciudad, que hizo un rico presente á su hijo y dotó á sus hijas.

La necesidad de una serie constante de esfuerzos activos contra los persas, en que las operaciones navales, debían hacer el principal papel, fué la causa de la organizacion voluntaria de la confederacion de Délos y de sus progresos marítimos lo que dió origen á una honda, pero implacable hostilidad de las ciudades del Peloponeso, contra Atenas. Conocemos muy poco los acontecimientos que tuvieron lugar en los años que transcurrieron desde la formacion de la confederacion, hasta la fundacion del verdadero imperio de Atenas; esta era al principio la presidente de la confederacion y ejercía una verdadera hegemonía, pero poco á poco los confederados viendo sus asuntos en tan hábiles manos y cediendo á las tendencias del carácter jónico, incapaz de un esfuerzo constante de energía, empezaron á sustituir el servicio personal que estaban obligados á prestar por una contribucion en dinero, y Atenas se encargó de todo lo concerniente á la defensa de los intereses de la liga. Naturalmente el ascendiente de Atenas creció de un modo extraordinario, con esta concesion que le permitía aumentar sus fuerzas propias á expensas de los aliados; la asamblea de Delos fué declinando hasta desaparecer; el tesoro federal fué trasportado á Atenas, á mocion de los de Sámos, para su mayor seguridad, y entónces la hegemonía se convirtió en imperio; Atenas era la reina del mar Egeo y los aliados comprendieron que ya no eran libres de separarse de la liga y que se habían convertido en súbditos, aunque sin perder sus autonomías respectivas.

Entre 476 y 466 los atenienses conquistaron á Eion sobre el rio Strymon, en donde se conservaba un gobernador persa; se apoderaron, con el pretexto de castigar

la piratería de los dolopes y pelagos, de la isla de Skyros y atacaron é hicieron capitular á Karystos, ciudad habitada por los driopes en Eubea; de Skyros trasportaron á Atenas los llamados restos de Theseo, el patron mítico de la democracia ateniense y fueron depositados en el Theseion, en donde encontraban amparo los pobres, que huían de la opresion de los ricos, y los esclavos sometidos á tratamientos crueles.

Despues de estos acontecimientos, se quiso separar de la confederacion la isla de Naxos la más importante de las Cyclades; Atenas y los otros confederados, la sometieron, obligandola á pagar un tributo. En seguida los griegos al mando de Kimon marcharon á atacar á los persas en el S. del Asia menor; el célebre hijo de Milciades se mostró digno de su fama, y arrojó á los persas de varios establecimientos de la Karia y de la Lykia. Entretanto se habían reunido en las bocas de Eurimedon en Panfilia, una escuadra fenicia y un ejército persa. Kimon se arrojó sobre ellos, batió completamente la escuadra y, desembarcando luego, deshizo el ejército de tierra. Consumada esta doble victoria en un mismo dia, el general ateniense se dirigió en busca del refuerzo que esperaban los fenicios, lo encontró y lo derrotó. Los confederados se repartieron un inmenso botin, lo que aumentó la popularidad de Atenas en las islas y la desconfianza de los espartanos.

Á poco tuvo lugar la rebelion de Thásos que fué reducida el año de 463 despues de dos años de bloqueo; los habitantes de Thásos habían recurrido á Esparta que aunque prometió el auxilio no lo dió; sin embargo ya la hostilidad entre los dos estados comenzaba á ser ostensible. Con el objeto de crear á Atenas un enemigo poderoso y cercano, Esparta apoyó la restauracion de la confederacion beocia, bajo la presidencia de Thébas, hasta entónces excomulgada por haberse aliado á los per-

sas, y los soldados de Lacedemonia ayudaron á los tebanos á levantar sus murallas. En esta sola vez y por odio á Atenas, Esparta se separó de su política que consistía en oponerse sistemáticamente á toda agrupacion de ciudades en la Grecia, por lo que fué el eterno obstáculo á la constitucion de una nacionalidad helénica y por consiguiente á un desarrollo más activo de la civilizacion humana.

Poco ántes de la rendicion de Thásos hubo un gran temblor de tierra en la Lakonia, una parte de Esparta fué destruida y muchos espartanos perecieron. Los ilotas aprovecharon la ocasion para sublevarse, se dirijieron sobre Esparta, que gracias á la presencia de ánimo del joven rey Arquidamos, pudo salvarse, y en seguida sostuvieron una vigorosa campaña en la Messenia. Como sus antepasados, los ilotas acabaron por refugiarse en el monte Ithomo. Desesperando de poderlos reducir solos, los espartanos llamaron á los otros griegos en su auxilio y Kimon que como jefe de la oligarquía en Atenas, se mostró siempre favorable á Esparta, hizo decretar el auxilio pedido, á pesar de la enérgica oposicion de los jefes de la democracia Perikles y Efiálfes, y él mismo llevó á los atenienses á la Lakonia. Los espartanos los vieron llegar con profundo recelo y convencidos de que eran inútiles los esfuerzos de Kimon para apoderarse de Ithomo, los despidieron rudamente, lo que causó en Atenas profunda conmocion. El pueblo decidió romper su alianza con Esparta y ligarse á Argos.

Tuvo otro efecto más transcendental la llegada de los hoplitas que habían ido en auxilio de Esparta. Ya hemos visto como la reunion de las facultades administrativas y judiciales en manos de los funcionarios elegidos en las altas clases de Atenas, se había ido trasformando á medida que el sentimiento democrático invadía las masas. Pero á pesar de que el sufragio universal funcionaba, la aristocracia

conservaba una gran suma de atribuciones judiciales y tenía por centro al Areópago, senado formado de todos los arcontes que salían del cargo y por caudillo al invencible Kimon. No sólo el respeto religioso con que aquel senado de institución divina y depositario de misteriosas tradiciones era visto, le daban un ascendiente que un siglo y medio después, era recordado con veneración (Isokrates, *areopagiticus*) sino el patriotismo ardiente con que se había conducido durante la invasión de los persas, habían restablecido su poder á pesar de la preponderancia de las clases populares. Este poder no sólo era judicial como hemos dicho, sobre todo en los casos de homicidio, sino que se extendía á modo de paternal tutela, y como una especie de policía censorial, dice Grote, sobre la vida y los hábitos de los ciudadanos. Además, y esto era lo más importante, el Areópago cuidaba de que ninguno de los actos de las asambleas públicas violase las leyes del país. Contra este poderoso instrumento en manos de la oligarquía, dirigieron sus tiros los demócratas.

Al principio el partido oligárquico preponderaba, como lo prueba el auxilio obtenido por Kimon, *proxenos*, (encargo algo semejante á los de nuestros modernos cónsules), de Esparta, para ir á socorrer á esta ciudad. Pero al volver desairados los atenienses, la indignación del pueblo estalló. Perikles y Efiálfes, que era un demagogo lleno de probidad aunque muy pobre y ardiente en su odio á la aristocracia, propusieron el ostracismo y Kimon tuvo que abandonar á Atenas. Aprovecharon de esta coyuntura sus enemigos, no sólo para hacer una alianza con Argos, sino para dar un golpe mortal al poder de los oligarcas. Entonces fué cuando se quitaron á los arcontes sus funciones judiciales, y al Areópago sus funciones de censor. Establecieron definitivamente los *dikasterion* ó jurados populares, que eran diez, compuestos cada uno

de 500 personas. Los arcontes sirvieron de jueces de instrucción, pero cuando se trataba de un delito que mereciese algo más que una multa pequeña, escogían por suerte un *dikasterion* y éste juzgaba y fallaba. En estos jurados tomaban parte todos los ciudadanos sin distinción y recibían una paga; en consecuencia los arcontes no tuvieron desde entonces otras funciones que las administrativas. Estas reformas fueron consagradas con el sacrificio de una víctima; el partido conservador que las había denunciado como impías, hizo asesinar á Efiálfes. Desde entonces Perikles fué el primer ministro del pueblo ateniense, como dice Grote.

Perikles era hijo de Xantíppos el acusador de Milciades, de suerte que el odio entre él y Kimon era hereditario. Su vida pública comenzó cuando Temístokles marchó al destierro, aunque sus primeras relaciones con el pueblo fueron tímidas, tanto por la reserva natural de carácter, cuanto porque, según Plutarco, su rostro era idéntico al de Pisístrato. Perikles estaba dotado maravillosamente para ser uno de los reyes del pueblo, solo por el ascendiente moral y la superioridad del genio. Su educación era completa: era músico y literato distinguido, apasionado de la belleza y de las artes, discípulo del filósofo Anaxágoras, lo que le hacía ver con desden las supersticiones populares y fortificó su alma. Incapaz de la más insignificante adulación al pueblo, sólo lo guió por el respeto que infundía su inteligencia, su probidad intachable y su elocuencia que arrebató á las asambleas, no por las flores retóricas, sino por la luminosa sencillez, que las hacía parecer como la voz serena y sublime de la razón misma. Este hombre extraordinario cuya influencia, en el sentido de activar la evolución de la civilización humana, estudiaremos luego, era el jefe temible de la democracia, tanto más temible, cuanto que

su dedicación á los negocios públicos no tenía límites.

Perikles merecería sin duda el reproche que le han hecho algunos historiadores, de haber soltado las riendas á la democracia ateniense, si se hubiera limitado á las innovaciones de que hemos hecho arriba rapidísima reseña, pero al par de ellas, planteó otras que tendían á conservar la estabilidad social. En primer lugar instituyó siete magistrados, los *nomofylacos*, encargados de asistir á los presidentes de las asambleas, para intervenir siempre que se tomase una determinación contraria á la ley y que podían obligar á los demás magistrados á obrar conforme á ella; en segundo lugar estableció que la *ekklesia* ó asamblea pública, era incompetente para hacer ó derogar una ley, sólo podía dar un decreto para un caso particular (*psefisma*). Los *tesmotetas* debían examinar anualmente las leyes existentes y anotar las dobles ó contradictorias y en el undécimo día de la primera *prytania* del año ático, se reunía la *ekklesia* con el objeto de recorrer las leyes y someterlas á la aprobación ó improbación de los *nomotetas*, jueces nombrados también por la asamblea, *ad hoc*, y cuyo número llegaba algunas veces á mil; este era un tribunal ante el cual la ley era acusada y defendida y que pronunciaba un fallo manteniéndola ó condenándola. La tercera institución, la más conservadora de todas, era la *grafé paranomon*, que era una acción popular para acusar á todo el que propusiere una nueva ley ó *psefisma*, contraria á una disposición vigente, sin haber cuidado de hacer conocer de antemano esta circunstancia y el sentido de su proposición. Este carácter eminentemente judicial de las instituciones de Atenas, en la época de Perikles y sobre todo la *grafé paranomon*, de que tanto se abusó luego, explican por qué los oradores en Atenas transformaban los discursos deliberativos en judiciales, y en consecuencia mezclaban

á la discusión de una ley ese elemento de personalidad propio de las contiendas jurídicas, que hacía algunas veces tan amarga la gran elocuencia de los Demósthenes y de los Esquines.

Hemos dicho que los atenienses después de la vuelta de Kimon de la Lakonia, bajo la impresión que le había causado la injuria hecha por los espartanos á sus hoplitas, contrajeron alianza con Argos, que empezaba á recuperarse de sus desastres y que había reconquistado á Mykenae y otras ciudades. El año de 460 antes de J. C. concluyó otra alianza aún más importante con Megara, cuya situación en el istmo hacía de ella la puerta por donde estaban obligados á pasar los del Peloponeso, siempre que trataran de invadir el Atica. Mientras así proveían los atenienses á su defensa, impulsaban con infatigable actividad el desarrollo de su marina y atacaban con más vigor que nunca al rey de Persia en sus posesiones mediterráneas. Así cuando tuvo lugar la rebelión de Ináros en Egipto, la escuadra ateniense de 200 naves que estacionaba en las aguas de Kypros recibió orden de auxiliarle y penetró por el Nilo hasta Méfis, mandada por Karitimides que obtuvo una señalada victoria sobre los fenicios.

Por este tiempo construyeron los atenienses el muro que unió el puerto de Nisea con Megara. Con este motivo la lucha de Atenas con los del Peloponeso tomó incremento; los del Corinto y de Epidaurio se aliaron con los de Egina y después de obtener algunas ventajas sobre los atenienses, fueron completamente derrotados, primero en un combate naval que acabó con el poder marítimo de Egina y luego en tierra cerca de Megara, donde Myronides al frente de un puñado de ancianos y de adolescentes, puesto que la flor del ejército estaba empleada en Egipto y en Egina, venció y destruyó á los corintios. Si los espartanos no hubieran estado ocupados en el sitio del monte

Ithomo habrían creído indispensable invadir el Atica, para operar una diversion en favor de los eginetas, con tanta mayor razón, cuanto que Artajerjes por conducto del sátrapa Megabazos, los invitaba á ello, apoyando su solicitud con una buena cantidad de dáricas; pero no les fué posible moverse.

Concibió entonces Períkles el atrevido proyecto de los largos muros, que debían unir á Atenas con el puerto de Faleron que distaba 6 kil. 430 metros de la ciudad y con el Peireos que distaba 7 kil. 240 metros. Esta empresa tenía la oposicion de los aristócratas que querían la alianza de Esparta á toda costa para poder pensar libremente en atacar á los persas, de los propietarios de los campos que temían que estas construcciones sirvieran de pretexto para una invasion en el Atica, etc.

Los lacedemonios alarmados se decidieron á marchar fuera del Peloponeso; decían que iban á socorrer á los habitantes de la Dórida contra los fokenses pero su intento en realidad era crear á Atenas una rival poderoso en Thébas, cuyos muros, ya lo dijimos, se apresuraron á restaurar empleando en ello á sus soldados.

Como los jefes de la democracia en Atenas temían que el ejército espartano fuese llamado al Atica por los oligarcas que conspiraban dentro de la ciudad, decidieron enviar sobre los lacedemonios que acampaban en Tanagra al mismo ejército de jóvenes y ancianos que había triunfado con Myrónides en Megara. Los atenienses fueron completamente derrotados; poco antes del combate se había presentado Kimon, pretendiendo ocupar un puesto como hoplita en su tribu; los caudillos populares no accedieron á esta generosa petición, y entonces Kimon se retiró suplicando á sus amigos que probaran en la lucha con cuanta injusticia se sospechaba de su fidelidad á la patria. Efectivamente los aristócratas se portaron admirablemente, quedando cien de ellos muertos en el campo

de batalla. Períkles propuso despues de la batalla que se levantara el ostracismo de Kimon y con la intervencion de la seductora hermana de éste, la paz quedó celebrada entre el gran tribuno y el gran guerrero y sus respectivos partidos, quedándole á Períkles el gobierno interior y á Kimon la direccion de las empresas exteriores. Esta obra de paz produjo un efecto inmediato; Myrónides penetró en la Beocia con un ejército ateniense y venció completamente á los tebanos y sus aliados en la memorable batalla de Enofyta, (456 antes de J. C.). Tébas y la Beocia entera cayeron en poder de Atenas, que mantuvo también bajo su dependencia á la Lokride y á la Fokide; los gobiernos aristocráticos fueron reemplazados por democráticos y la obra de Esparta quedó destruida.

Atenas tocaba entonces al apogeo. Concluyó la obra inmensa de los largos muros, consumó la conquista de Egina, que se convirtió en aliada tributaria de Atenas y emprendió con buen éxito una serie de expediciones ya mandadas por Tolmides ó por Períkles en todo el contorno de las costas del Peloponeso, incendiando algunos puertos de Esparta y apoderándose de Cálkis y de Naupáktos en el golfo de Corinto. También emprendieron una expedición á la Thesalia aunque sin éxito. No todas eran victorias, sin embargo; los atenienses que habían ido á Egipto á auxiliar á Ináros, y que habían llegado hasta Ménfis, no pudieron apoderarse de la fortaleza del muro blanco, lo que dió tiempo á Artajerjes para reunir un gran ejército con el cual los venció y los sitió en la isla Prosopitis del Nilo. Al cabo de 18 meses desvió un brazo del rio y dejando en seco á las naves atenienses dió el asalto, destruyendo á los sitiados por completo. Un pequeño número de atenienses se refugió en Kyrene, y para colmo de desgracia una flota de 50 naves atenienses que venía en auxilio de Ináros, cayó en poder de los fenicios y fué casi destruida.

El año de 455 los ilotas, que se habían refugiado en Ithomo, capitularon, saliendo libres del Peloponeso. Muchos de ellos fueron recogidos por los atenienses que los radicaron en Naupáktos en donde prestaron siempre buenos servicios á sus protectores. Probablemente esta larga lucha había fatigado á los vencedores porque permanecieron tres años en la inacción y al cabo de ellos y gracias á la influencia de Kimon, se celebró una tregua de cinco años entre Atenas y las ciudades del Peloponeso. Kimon se aprovechó de esta coyuntura para emprender con nuevo vigor su campaña contra los persas. Dirigióse á las aguas de Kyprós y puso sitio á Kision, mientras una parte de su escuadra se dirigía al Delta con el objeto de socorrer á Amyrteos. Entonces el afortunado capitán sucumbió á consecuencias de una herida, según parece; despues de su muerte los atenienses levantaron el sitio, pero derrotaron completamente á los fenicios y kilikios en mar y tierra. Se cree que data de entonces un tratado de paz que algunos llaman de Kimon y según en el que los griegos asiáticos quedaban libres y exentos de tributo, sin poder enviar el gran rey sus ejércitos á mas allá de tres jornadas de la costa jónica, así como sus navíos no podían navegar en los mares griegos en todo el espacio comprendido entre las islas Khelidonias y las rocas Kyaneas.

Con la muerte de Kimon perdió el partido oligárquico á su jefe más distinguido; le reemplazó Thukydidés, hijo de Melesias, hombre de tribuna como Períkles, y la lucha entre los dos partidos comenzó de nuevo. Entonces fué probablemente cuando á petición de los de Samos se trasladó á Atenas el tesoro federal de Délos; ya el imperio ateniense no sólo era marítimo, sino continental y se extendía sobre diversas ciudades que no tomaban parte en la confederación. Esta grandeza aumentaba la hostilidad general contra Atenas; el descontento reinaba sobre todo en-

tre los beocios. Como se recordará, los atenienses se apoyaban en todas las ciudades conquistadas entre el partido democrático; el de Thébas era turbulento é inepto y esto ayudó á los proscritos á apoderarse de la capital declarándose en plena rebelion contra sus opresores. Los atenienses, desoyendo los consejos de Períkles que quería que se tomaran todas las precauciones, enviaron sobre los beocios rebeldes un cuerpo corto de hoplitas al mando de Tolmides; el desastre fué completo, como no se registraba otro en los anales de la Grecia. Con Tolmides perecieron en Koroneia casi todos los atenienses, los que sobrevivieron quedaron cautivos. Atenas para rescatarlos tuvo que renunciar á su imperio de tierra; evacuó la Beocia y las comarcas adyacentes y Períkles tuvo que marchar rápidamente á Eubea, invadida por los beocios; no bien había emprendido sus operaciones, cuando supo que Megara se había separado de la alianza de Atenas y se había entregado á los del Peloponeso; la consecuencia inmediata había sido la invasion del Atica por los espartanos al mando del jóven rey Pleistoanax; dicen que Períkles logró á fuerza de presentes evitar la ocupación del Atica; los lacedemonios, que ya tenían libre el paso por el istmo retrocedieron, y Pleistoanax y su anciano consejero fueron castigados. Entonces Períkles reconquistó con un armamento considerable la Eubea y luego se celebró entre Atenas y sus enemigos la tregua de 30 años. Atenas había perdido su imperio de tierra y comprendía que todo cuidado era poco para conservar su preponderancia en el mar.

EVOLUCION DEL GENIO GRIEGO DESDE SUS ORIGENES HASTA EL PERÍODO DE PERIKLES.—*La religión, el arte, la literatura, la filosofía.*—Hasta la época muy reciente en que Otfried Müller publicaba su obra monumental sobre los dorios y su *Historia de la literatura griega*, en las altas regiones de la crítica histórica era una especie de dogma

lo que se llamaba la *autoctonia de la cultura helénica* y tesis trivial era afirmar que los helenos nada ó casi nada debían á los otros pueblos, que su cultura había germinado, crecido y desarrolládose en el suelo de la Hélas sin ninguna contribucion de elementos estraños. En las líneas que van á seguir, apoyados en los últimos resultados de los estudios auxiliares de la historia, como la arqueología y la filología vamos á ensayar una demostracion de la tesis contraria y habremos trazado así en rápido esbozo, la historia de la evolucion de la civilizacion griega desde los tiempos remotos hasta la época de Perikles.

Es ya un lugar comun para los iniciados en los modernos progresos de la ciencia histórica que los griegos son una rama de la gran familia ario-europea (1) que una subdivision de esta rama penetró por tierra y otra por mar en la Grecia, que los pelasgos que precedieron á los helenos en Europa y que el sábio alemán Curtius identifica con los jónios, no eran más que los proto-griegos del Asia menor; y fué en el Asia menor, en lo que se llamó tambien la Ionia, en donde nació y se desarrolló hasta un punto notablemente avanzado, la cultura helénica; en donde floreció la primera poesía épica, en donde aparecieron por primera vez al mundo el arte idealista y la filosofía. Pues bien, los elementos primeros de esta cultura son orientales, son asirios ó mejor dicho, caldeos, son fenicios ó mejor dicho, egipcios. Estos elementos orientales penetraron en el mundo helénico ó por la vía terrestre, por la Kapadokia, la Likia, la Frigia y la Lydia, sobre todo, ó por mar, viniendo por Kypros y las islas de la Fenicia. Los pelasgos marítimos que desde tiempos tan remotos piratearon en la cuenca oriental del Mediterráneo en compañía de los aqueos del

(1) Preferimos llamar así á la familia humana conocida con el nombre de indo-europea, porque como lo he observado en su novísima obra sobre mitología comparada, el profesor Girard de Rialle, esta última denominacion escuye el grupo *Zend* ó meda-persa.

Peloponeso, contribuyeron mucho á esta obra de propaganda oriental que sirvió de base á la civilizacion helénica.

Por lo que toca á la religion, inútil es llamar la atencion sobre el flagrante error de los que creen que la mitología griega, salió como Athené del cerebro de Zeus, armada con todas sus armas, componiendo un sistema muy complicado pero muy coherente. No; cada localidad, cada fraccion de la numerosa familia helénica dió su contingente de leyendas, de tradiciones y de mitos al fondo comun, y mitos, tradiciones y leyendas, traían su origen de países estraños á la Hélade. Algunos venían del Asia central y son comunes á los helenos y á los arias de la India; Max-Müller, Kühn y Burnouf han demostrado, con muchos otros, la filiacion sanscrita de los dioses helénicos, hasta el grado de poder asegurar que casi ninguno de los nombres de los dioses helénicos es una palabra griega; la significacion original de muchas leyendas míticas, se ha hallado en los libros sagrados de la India, como v. g., la de Prometeo (v. pág. 93), la que sirve de tema al poema el *Escudo de Herakles*, atribuido á Hesiodo, en que se cuenta la lucha de Herakles y de Cynos, que es idéntica á la lucha de Indra y de Cushna, ó del sol contra la fuerza que retiene el agua en las nubes y produce la esterilidad (Burnouf.—Orígenes de la poesía helénica).

Pero si es verdad que gran parte de los elementos mitológicos de los helenos pertenecen al comun patrimonio de los pueblos arias, tambien es cierto que los griegos, ó adquirieron nuevos elementos míticos ó transformaron muchos de los que traían del centro del Asia, desde que separados de los otros arias entraron en el círculo de los pueblos ribereños del Mediterráneo. Ya era un hecho aceptado por casi todos los mitologistas que Afrodite era una diosa de procedencia fenicia; en la isla de Kypros y en la de Kythere, depositaron los audaces navegantes cananeos el gér-

men de este culto transformado despues por los griegos; pues bien, Afrodite ó Astarté, como la llamaban los fenicios, es la Mylitta de los babilonios, la Istar de los asirios, la Anahit de la Caldea meridional, la Tanit de los cartagineses, etc.; y estos nombres, dice el sábio arqueólogo Perrot, se aplican á una diosa, cuya actividad no está limitada á tales ó cuales cuerpos aislados en la naturaleza, sino que es el principio húmedo que juega su papel en el nacimiento de toda vida, la matriz que recibe todos los gérmenes. Este mismo principio es el adorado en la Lydia, en la Frigia con el nombre de Rhea-Kybeles, culto llevado al Peloponeso por los pelópidas, en la Armenia y en Efesos con el de Artémis, cuya imágen estaba representada en el Artemision de esta última ciudad con el cuerpo lleno de tetas henchidas de leche y en Sámos con el de Heré. Así es que Afrodite, Artémis, Heré y Kybeles son diosas idénticas. Mas aún, Curtius ha reconocido algunos caracteres de la gran diosa oriental hasta en Demeter y en Athené. En resumen la concepcion camo-semita de un tipo divino, representacion del principio húmedo ó femenino de la naturaleza, ha penetrado hasta en las raíces del panteon helénico. Nada diremos por no alargar demasiado esta noticia de los innumerables símbolos de origen asiático que representan á esta especie de diosa universal bajo sus diversas formas y que componen una especie de cadena artística que viene desde la Caldea y pasando por la Lidia, la Kapadokia y la Frigia, se derrama por el Asia menor, y las islas, hasta la Grecia misma, desde los cilindros de Nínive y Babilonia hasta los bajo-relieves de Pterium y Eniuk; en el Asia menor, la gran diosa aparece como la domadora del leon solar y el terrible felino acompaña su imágen tanto en el Asia como en Grecia, como lo atestigua la descripcion del famoso cofre de Kypselos. Con este personaje femenino se adoraba

tambien á Adar—Samdan, divinidad de origen caldeo en quien es fácil reconocer los rasgos característicos de Melkhart y de Herakles, (Perrot, Guillaume y Delbet.—*Exploracion del Asia menor*.—París.—1872).

Siguiendo la marcha de lo homogéneo á lo heterogéneo, el movimiento que tendió á *individuar*, segun el tecnicismo de la escuela evolucionista, ó á marcar las diferencias entre una y otra divinidad, dió al mismo tiempo más unidad al sistema mitológico de los griegos cuyo desarrollo se confunde con la literatura y con el arte, hasta la época en que empezó á resentirse de las influencias filosóficas en que se espiritualizó y decayó cediendo el paso á una religion nueva. Ya hemos indicado, (pág. 93 y sig.), en qué consistía esta mitología griega en la época de su plena florecencia. En los tiempos de Perikles, el sentimiento religioso de los griegos estaba en su apogeo; pero como la literatura y el arte habían tomado una forma precisa tantos siglos despues del período en que se habían asimilado los elementos orientales, los griegos habían perdido hasta el recuerdo más pequeño del origen asiático de sus creencias, que equivocadamente quisieron hallar despues en los mitos egipcios. Pero como la civilizacion helénica fué más grande á medida que más se separó de su cuna oriental, cuando Feídias esculpió en marfil y oro su Zeus de Olimpia y su Athené del Partenon, era imposible encontrar la relacion de estas maravillosas creaciones del arte con los groseros ídolos de que provenían, así como no se podía concebir una mayor idealizacion de la forma humana. Las creaciones de Feídias y del grupo de artistas del tiempo de Perikles, influyeron de un modo decisivo en la marcha del paganismo, no porque quisiesen interpretar como algunos pretenden, (1) las ideas filosóficas

(1) Beulé, entre otros indica que Feídias quiso dar una forma material al theismo de Anaxágoras en Zeus

sobre la divinidad, de la escuela deista de Anaxágoras, el maestro del tribuno olímpico que entonces reinaba en Atenas, sino porque elevando á una altura inmensa el ideal plástico del hombre, y llevando á su mayor grado de espiritualidad la belleza física, imprimieron al antropomorfismo helénico, ese sello de gracia y de suprema dignidad que hizo la fuerza y el encanto del gentilismo.

Sin embargo, aquel arte que llegaba á tan empinada cima había tenido el mismo origen oriental que una parte de la religión de los helenos. Ya lo dijimos; no se trata de una influencia directa del arte egipcio ó caldeo sobre los jonios de Asia verdaderos creadores del arte griego, sino indirecta. Sabemos que concluido el largo y agitado período que cambió la faz del Asia entre el Éufrates y el Mediterráneo, y que empujó á los fenicios á las costas sirias y á los hiksos al valle del Nilo, lograron los egipcios arrojar á los nietos de los invasores cananeos y que los faraones emprendieron á seguida, prolongada serie de conquistas en el Asia, recorriendo los primeros, los valles del Jordán, del Natsana, del Orontes, del Éufrates y del Tigris. Los fenicios, también lo hemos dicho, fueron por mucho tiempo los agentes comerciales del Egipto y los servidores de los faraones. La influencia del arte egipcio, ya entonces avanzadísimo y que llegó pronto á su apogeo con Ramses II, no sólo se transmitió directamente á los asirios y caldeos, sino que por medio de los fenicios se derramó en todas las costas del Mediterráneo.

Kypros, la primera conquista de los fenicios, guarda en sus templos y en sus estatuas, vestigios clarísimos de su larga imitación de los egipcios, al mismo tiempo que en tal ó cual de sus obras de arte se notan los anuncios de alguno de los gé-

Olympios. (*El taller de Fidias. R. des Deux mondes—1861*). Este me parece un error. No era el de Feidias un Dios hecho hombre, sino un hombre aproximado á Dios por su belleza perfecta.

neros arquitectónicos más nobles de los griegos, como p. e. el capitel de la columna jónica. Pero los fenicios no sólo comunicaron á los helenos los procedimientos del arte egipcio, sino también del asirio caldeo y de éste sobre todo, porque coincidió probablemente la preponderancia de los asirios en la Siria y el Asia menor, cuando hubieron cesado las conquistas egipcias, con un grado de adelanto de las poblaciones helénicas suficiente á permitirles una asimilación más fecunda de los elementos artísticos que les eran extraños. Así en Kypros, las estatuas, (todas ellas pegadas á la piedra de donde parecían desprenderse), en que no domina la imitación de las estatuas de Thébas y de Sais, sino que son productos fenicios ó cypriotas de la escultura asiria, se confunden con las estatuas griegas primitivas; un movimiento más pronunciado, mayor amplitud y libertad en los paños, al uso del *peplos*, etc., están unidas en ellas á la cabellera dividida en trenzas, á la barba distribuida en zonas de rizos superpuestos y al bonete ó mitra cónica.

Pero en el Asia menor en donde se confundieron las razas semítica, arrio-europea y uralo-altaica (turánica) es en donde la transición se palpa. El Asia menor llegó á estar tan profundamente penetrada de las influencias semíticas, que no sólo el idioma de los habitantes de la Kapadokia y de la Kilikia era el arameo, sino que arte y costumbres eran copia del arte y de las costumbres asirias. Y esto último era verdad también para pueblos de procedencia arya, como los lidios, los frigios, los troyanos, de tal modo, que un inteligente arqueólogo ha podido decir que los bajo-relieves de Khorsabad, en la Asiria, proporcionarían una ilustración gráfica de la Iliada más exacta que los bajo-relieves del Partenon. Pues bien, ese arte de transición, como p. e. y sobre todo, el de los lidios, es la cuna del arte helénico. "El arte lidio-frigio, dice Soury, verdadero in-

termediario entre el arte de la Hélade y de la Asiria, transmitió á la Grecia sus tradiciones, le ofreció sus modelos, inspiró á sus primeros constructores, á sus escuelas primitivas de escultura, á sus pintores arcaicos y á sus músicos." De aquí también proviene la afinidad entre el arte griego arcaico y el de los etruscos que eran, como sabemos, originarios de la Lidia. Los vasos y las copas, las tumbas y sus ornamentaciones de animales y de flores, son verdaderas cadenas artísticas que ligan la Grecia y la Italia con las islas, la Jonia asiática, la Lidia, la Fenicia y la Asiria, en donde está el foco. En los bajo-relieves de Pteriúm, en Kapadokia, estudiados por Layard, en el de Marathon, en las metopas de los templos de Assos, en Mysia y de Selinonte en Sicilia, se encuentran figuras, cuyos ojos, barbas cabellos y músculos, ofrecen una semejanza extraordinaria con los escultores de Nínive. En la multitud de rocas esculpidas que existen en el Asia menor, se observa que los artistas lidios y jonios primitivos, si bien no tenían estilo propio, eran notables en el arte de esculpir las formas animales, y aunque no llegaron nunca á la perfección extraordinaria de los escultores de Nínive, contemporáneos de Sargon y de Sennakerib, cuyo *realismo* admira, si se acercaron á ellos como los leones de Ankira, de Euiuk y áun los de Mykene, á donde los pelopidas habían llevado el arte lidio, lo prueban.

Por otra parte, todas las noticias que los griegos nos han conservado sobre los orígenes de su arte, coinciden con los datos anteriores. Los mayores y más antiguos quizá de los templos conocidos por Herodoto, son los de Efesos (Artemision) y de Sámos (Hereon); los más antiguos ídolos, eran piedras fálicas (v. Grote, Perrot), *betyles*, como decían los semitas, idénticos al encontrado por Tito, en el santuario de Páfos, (Tácito), y el culto debió ser el mismo, como lo prueba que en Corinto,

que en remotos tiempos, había recibido las influencias directas de la Siria, también había *hierókulos* como en Biblos, y mujeres *servientes de la persuasión* ó prostitutas sagradas como en Jerusalem y en Babilonia, y á la energía productora de la naturaleza se tributaba un culto orgiástico. De Corinto salió el famoso cofre de Kypselos cubierto de figuras de estilo fenicio y de Kreta, dicen, vinieron las primeras estatuas de mármol, de origen fenicio también.

La semilla del arte griego, es, pues, oriental. Pero después de trabajosos ensayos, mientras el arte en el oriente se petrificaba en sus obras hieráticas sin progreso alguno, en el espíritu helénico el tipo artístico crecía, se idealizaba y tocaba á una altura en donde, desde entonces, reina sobre el mundo estético. Así la distancia es inmensa del templo egipcio ó asirio, que, dice Charles Blanc, no tiene proporciones sino dimensiones, á la maravillosa unidad del templo griego, en cuya construcción se seguía, como en la estatuaria, un módulo que servía para proporcionarlo todo, cuya *cella* espléndida decoraban todas las artes, en donde reinaba una armonía incomparable que produce todavía sobre el espíritu del que contempla el Partenon, p. e., una impresión musical, á aquel conjunto, en una palabra, que parecía un efecto de la razón. Lo mismo en la pintura; el arte jónico empezó, sin duda, imitando no sólo el sistema de pintar sus templos y sus estatuas con vivos colores, costumbre que siempre conservaron los griegos, sino por ensayar esa copia infantil de la naturaleza, en la que la pintura es una iluminación sin modelado y sin arte. Los griegos, que se creían, con ingenuo orgullo, el principio de la civilización entera, habían analizado con rigurosa sutileza los procedimientos del espíritu humano cuando se aplica á la pintura y habían personificado cada invención en artistas absolutamente legendarios. La verdad es que la pintura es hija del oriente.